

Palabras al oído.

RASGOS DE LA ESPIRITUALIDAD SALESIANA

SAN FRANCISCO DE SALES

Don Bosco, en el Reglamento del Oratorio de San Francisco de Sales que redacta en 1854, describe en el proemio la finalidad de su proyecto:

“Este Oratorio está puesto bajo la protección de San Francisco de Sales para indicar que la base sobre la que esta congregación se apoya debe ser la caridad y la dulzura, que son la virtudes características de este santo”.

Don Bosco se inspira para llevar adelante su obra en el conocido santo y a él encomienda su proyecto confiando en su protección. A él, en las raíces de nuestra espiritualidad, estamos invitados a volver una y otra vez todos los que compartimos el carisma y la misión salesiana.

Francisco de Sales, obispo santo de corazón noble y sabio humanismo, fue un creyente de honda espiritualidad que comprendió que en el centro de su vida y de su historia estaba sólo Dios y su amor misericordioso. Fuera de él no hay ningún bien. Sabio en la dirección espiritual, vivió y anunció la Palabra de Dios por los más diversos medios. Es el santo de la ternura del corazón modelado a imagen del corazón del Padre que con la mansedumbre conduce a todos a Dios. Prudente y fiel, supo vivir como hombre de su tiempo al servicio de la Iglesia y de los más necesitados.

Don Bosco se inspiró en él para llevar adelante su apostolado en favor de los jóvenes pobres, abandonados y en peligro. Su caridad pastoral y la amabilidad de su bondad fueron determinantes en el estilo que Don Bosco vivió y transmitió a sus muchachos en los mismos orígenes de la fundación de la Congregación Salesiana. Como nos ha dejado escrito Don Rua, el 26 de enero de 1854 don Bosco propuso a cuatro jóvenes del Oratorio de San Francisco de Sales, hacer un «ejercicio práctico de caridad». «Desde ese día, escribe don Rua, fue puesto el nombre de Salesianos a los que se propusieron y se propondrán dicho ejercicio». Inspirados en la bondad y en el celo pastoral del santo de la caridad, Don Bosco nos ha dado el nombre de Salesianos y nos ha indicado un programa de vida en la máxima “Da mihi animas, cetera tolle”. Y en Don Bosco, inspirado en San Francisco de Sales, tiene origen un vasto movimiento de personas, que en diferentes modos, trabajan por la salvación de los jóvenes. Esta es nuestra fuente y nuestra inspiración: la mansedumbre, la amabilidad, la pasión pastoral.

Mirando a Francisco de Sales, contemplando a Don Bosco y enraizados en la Palabra, queremos hacer nuestra la sabiduría que viene de lo alto. En nuestro trabajo con los jóvenes, en nuestra experiencia comunitaria, en nuestro vivir cotidiano queremos ser sembradores de paz y de justicia apartando de nosotros todo lo que nos aleje del corazón de Dios.

A imagen suya, el corazón de Buen Pastor es el manantial inagotable al que acudir a beber siempre. El Buen Pastor que conoce sus ovejas y que en la entrega de su propia vida nos ha devuelto la Vida. En su nombre, con la fuerza de su Espíritu, sostenidos por la misericordia del Padre queremos ir al encuentro de los jóvenes, especialmente los más pobres y en peligro. Con Don Bosco, queremos anunciarles el amor de Dios, Vida y Esperanza para todos.

Francisco de Sales, pastor celoso y amable rico en la sabiduría que viene de arriba, interceda hoy para que nuestra familia salesiana pueda ser fiel a las inspiraciones de Dios, a la propuesta profética de Don Bosco y a las demandas urgentes de los jóvenes de nuestro tiempo.

Palabras al oído.

RASGOS DE LA ESPIRITUALIDAD SALESIANA

EL PAPA Y LOS CHICOS DE DON BOSCO

En 1948, cuando el Oratorio de San Francisco de Sales todavía luchaba por consolidarse, Italia vivía tiempos de revolución. El Papa Pio IX, amenazado por la revuelta popular y el poder político que quería despojar al pontífice del poder temporal que ostentaba, se exilió de Roma para poder garantizar su seguridad.

Al margen de las causas políticas que provocaron tal situación, el acontecimiento del exilio papal creó en Don Bosco y sus muchachos un hondo pesar. Como para muchos católicos de su tiempo, la preocupación por la situación de amenaza que vivía la Iglesia provocó una corriente de solidaridad y simpatía hacia el pontífice que se concretó en numerosos signos de apoyo incondicional al "Vicario de Cristo".

Las necesidades económicas de la Iglesia crearon tal inquietud en el mundo católico que por todas partes se tomaron iniciativas solidarias con el fin de paliar la penosa situación de Pio IX.

Corría el año 1849 cuando en el Oratorio de Valdocco Don Bosco propuso a sus muchachos una colecta para recaudar fondos y ayudar al Santo Padre. El mecanismo se pone en marcha con la necesaria motivación pedagógica y aquellos muchachos, entre el abandono y la necesidad de supervivencia, logran recaudar de sus bolsillos maltrechos 35 liras.

Don Bosco, con agudeza, quiere darle una solemnidad adecuada al acontecimiento y llama a algunas personalidades de la ciudad de Turín, entre ellos el Marqués Gustavo Cavour, a recoger la ofrenda de los pobres muchachos de Valdocco para el Santo Padre. Un periódico de la ciudad se hace eco del evento y Don Bosco consigue la notoriedad del momento para su Oratorio y la simpatía y admiración de la ciudadanía para su obra.

Los muchachos de Don Bosco, con la cara alegre y sonriente, rodean a los ilustres señores y dos de ellos se adelantan. Uno les entrega la cantidad recaudada, el otro pronuncia un discurso (ciertamente preparado por Don Bosco) para la ocasión. Al terminar, un coro de niños cantará un himno compuesto en honor del Papa.

Una vez más, el ingenio de Don Bosco se pone al servicio de la causa de los oratorios y, al mismo tiempo, acrecienta en sus muchachos su sentido eclesial con la adhesión a la persona del Papa. Ciertamente, es el óbolo de la viuda del Evangelio, lo pequeño, lo insignificante, pero que con un valor incalculable educa en la solidaridad compartiendo lo poco que se tiene.

Ciertamente, el Papa llegará a conocer el sencillo gesto de los chicos de Valdocco y algunos meses más adelante devolverá el gesto con el regalo de unos rosarios bendecidos por él para los niños y jóvenes del Oratorio. Como podemos suponer, ya se encargó Don Bosco de que también este sencillo signo de amistad tuviera su trascendencia en medio de las actividades de la casa.

No nos cabe duda de que Pio IX recordará siempre con afecto la entrañable solidaridad de los chicos del Oratorio. Pero además, aquel sencillo gesto en momentos difíciles, hizo que las relaciones entre Don Bosco y el Pontífice se mantuvieran y acrecentaran durante muchos años.

Don Bosco, hombre de Iglesia con un sentido pedagógico y práctico de la vida, supo en cada circunstancia situarse adecuadamente y ofrecer a sus muchachos las claves para leer la realidad al tiempo que alcanzaba sus objetivos de consolidación de su obra. Lo único que le interesó, ciertamente, fueron los jóvenes.



Palabras al oído.

RASGOS DE LA ESPIRITUALIDAD SALESIANA

AUXILIADORA DE LOS CRISTIANOS

El 30 de octubre de 1835, el joven Juan Bosco entraba en el Seminario para iniciar su preparación al sacerdocio. La tarde anterior, Mamá Margarita, llamó a su hijo y le dijo:

"Querido Juan (...) Cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen; al iniciar los estudios te recomendé la devoción a nuestra Madre; ahora te aconsejo ser todo suyo: ama a los compañeros devotos de María y, si llegas a ser sacerdote, recomienda y propaga siempre la devoción a María"

El mismo Don Bosco recuerda con cariño las palabras de su madre en las Memorias del Oratorio. Juan, con lágrimas en los ojos, le respondió:

"Madre, le agradezco cuanto ha dicho y hecho por mí; sus palabras no han sido dichas en vano y las conservaré como un tesoro durante toda la vida".

¡Y verdaderamente así fue! Don Bosco no sólo no olvidó nunca las palabras de su madre sino que las vivió de forma admirable en todo momento. María, la Madre de Jesús, estuvo siempre presente en su camino vocacional. En aquel sueño providencial, cuando tan solo era un chiquillo, la mujer que le habló lo cogió de la mano como madre y maestra y no lo apartó de su lado nunca más.

Mamá Margarita consagró al pequeño Juan a la Virgen y le recomendó la devoción a la Madre del Señor. Don Bosco aprendió, en las rodillas de aquella campesina llena de sabiduría, a descubrir la presencia mediadora de Santa María en medio de la Iglesia, atendiendo los ruegos de los discípulos de su Hijo y recordándonos siempre: "Haced lo que El os diga".

María, Inmaculada, Consolación y Auxilio de los cristianos fueron devociones que Don Bosco vivió intensamente descubriendo en estas advocaciones a la mujer que le pidió que fuera humilde, fuerte y robusto y le mostró el campo donde debía trabajar: los jóvenes más pobres y abandonados.

María Auxiliadora, en Valdocco, fue la mamá de la casa; se paseaba por los patios, tocaba los corazones de los muchachos, extendía su manto sobre ellos y era para todos el consuelo y la fortaleza en tantos momentos de dificultad.

Don Bosco supo inculcar en la vida de sus jóvenes una devoción recia y filial hacia la Madre de Jesús. ¡Cuántas veces pidió a su hijo que convirtiera el agua en vino en el Oratorio para que continuase habiendo fiesta! ¡Cuántas veces intercedió para que el Señor multiplicase los panes y los peces (y las castañas) en las pobres manos de nuestro padre! ¡Cuántas veces atendió las súplicas de los chavales arrodillados a los pies de su imagen!

En las presencias salesianas de todo el mundo la fiesta de María Auxiliadora es especial. Son días en los que la casa viste sus mejores galas y se respira un aire de alegría por todas partes. En la familia de Don Bosco hemos aprendido a invocarla como Auxiliadora, dispensadora de todas las gracias de su Hijo, mediadora e intercesora ante Dios, Madre cercana y entrañable en toda ocasión.

En medio de los afanes de cada día, nos acercamos a María Auxiliadora y ponemos bajo su mirada nuestras dificultades y esperanzas. Y sentimos que Ella, como ha hecho siempre, nos acoge bajo su manto y nos susurra al oído que no tengamos miedo porque su Hijo nos sostiene y nos da la vida en abundancia.

Palabras al oído.

RASGOS DE LA ESPIRITUALIDAD SALESIANA

SANTIDAD Y ALEGRÍA

Don Bosco no duda en escribir en la biografía del joven Savio que en el Oratorio era el "alma" de los recreos, bromeaba y creaba un ambiente alegre a su alrededor que hacía que sus compañeros lo buscasen porque a su lado se divertían. Era el compañero vivaz, dicharachero y desenvuelto que se hacía querer por su buen humor, su sencillez y su bondad. Continúa Don Bosco:

"Su semblante alegre, su índole vivaz, lo hacían querido de sus compañeros aún de aquellos más gamberros; de modo que todos gozaban con tenerlo a su lado y tenían en cuenta las sugerencias que en ocasiones les hacía".

Un día en que llegó al Oratorio un chico nuevo, Don Bosco pidió a Domingo que estuviese pendiente de él para que se encontrase a gusto desde el principio. Domingo se presentó a él y con amabilidad y cercanía le fue presentando a todos y enseñándole el Oratorio. Es el mismo Don Bosco quien nos transmite una estupenda conversación con Camilo Gavio, que así se llamaba el nuevo compañero:

"¿Sabes? – le dijo Domingo - Aquí nosotros hacemos consistir la santidad en estar muy alegres... empieza también tú a hacer tuyo este programa de vida: 'servid al Señor en alegría' ¡Ya verás que bien!".

Las tres sugerencias de Don Bosco a sus jóvenes: alegría, trabajo y piedad serán las claves del camino de crecimiento de muchos de ellos. En especial, la alegría será una de las características de la espiritualidad juvenil que él propondrá siempre a sus muchachos. La alegría que Don Bosco invitaba a vivir brota del corazón y tiene su fuente en la buena noticia del Evangelio y en el encuentro con Jesucristo. Así, Domingo comentó en ocasiones a Don Bosco: "Si tengo alguna pena en el corazón, al celebrar la Eucaristía encuentro la paz".

Y añade Don Bosco: "Con tal convicción, los días pasaban felices para Domingo. De ahí brotaba su alegría y su fuerza".

En la alegría, como valor a cultivar en la vida diaria, se encuentra una vereda de crecimiento personal que le da a lo cotidiano un tono particular: capacidad para afrontar las dificultades (¿quién no las tiene?) sin dejarse vencer, buen ánimo para asumir las responsabilidades de cada día, optimismo para dar nuevos pasos en el compromiso personal, talante bondadoso en el encuentro con las personas para las que siempre tenemos el gesto oportuno y la palabra amable... ¿No es esto un camino extraordinario? Es justamente ahí, en la vida sencilla de cada día, donde se fragua la santidad simpática de Domingo Savio sin grandes alardes, pero con la profundidad de quien ha decidido no quedarse en la cáscara de las cosas y ponerle una sonrisa a la realidad cotidiana.

Palabras al oído.

RASGOS DE LA ESPIRITUALIDAD SALESIANA

¡SI HUBIERA TENIDO MÁS FE!

En el sueño que Don Bosco tiene la noche del 10 al 11 de septiembre de 1881 en San Benigno Canavese, nuestro padre vislumbra el ideal del salesiano y el peligro de que se desvirtúen en él las opciones prioritarias desde las que vivir una vocación de entrega generosa y fiel. Es el llamado "Sueño de los diez diamantes".

Cuenta Don Bosco:

"Tres de los diamantes estaban en el pecho. En uno estaba escrito: 'Fe'; en otro 'Esperanza' y 'Caridad' en el que estaba sobre el corazón".

En esta visión frontal del personaje están descritos los rasgos no sólo de los consagrados, sino del creyente que quiere vivir con todas las consecuencias su bautismo y su seguimiento de Jesús. Quizás sea aquí donde también tengamos que ahondar para poder iluminar nuestra praxis cotidiana y nuestra vivencia diaria del evangelio.

En primer lugar, Don Bosco apunta al diamante de la fe. Pienso que no debemos pasar de puntillas sobre esta virtud teologal. La fe es, para el creyente, la adhesión plena del corazón al Dios de la vida que se nos ha revelado en Jesucristo. Es encuentro con Dios que nos ama entrañablemente y respuesta "cordial" (del corazón) a aquel que nos ha amado primero amándolo sobre todas las cosas.

Pues bien, creo que hemos de seguir profundizando siempre, y cada vez más, en las raíces de nuestra experiencia de fe. Ésta ha de iluminar cada rincón de nuestra vida, cada pliegue interior, cada poro de nuestro ser. Somos, siempre y en todas partes, hombres de Dios. Sea cual sea la etapa de la vida por la que estemos atravesando, no puede debilitarse en nosotros el deseo de permanecer fieles al amor de Dios, de provocar el encuentro cotidiano con él, de renovar nuestro compromiso de vivir en su presencia y recorrer siempre caminos de renovación interior por la acción transformadora de su Palabra.

El diamante de la fe en el sueño de Don Bosco nos recuerda la primacía de Dios en nuestra vida, por encima de trabajo, prisas, dificultades, situaciones personales o comunitarias. ¡Dios es siempre el primero! Nuestra lectura de la realidad siempre se hace desde la fe en Dios. No puede haber lugar para otros dioses (mi tiempo, mis cosas, mis necesidades, mis derechos...). Siempre tenemos en cuenta la primacía de Dios en nuestra vida para que nuestro trabajo cotidiano, nuestras relaciones, nuestro compromiso evangélico estén penetrados de su presencia y nuestro testimonio sea más creíble. Se trata, en definitiva, de "centralidad". Dios es el centro de nuestra vida, de nuestro corazón, de nuestras actividades.

Don Bosco fue un hombre de una fe madura, de una profunda experiencia de Dios. Se sintió siempre en manos del Señor y confió en él en toda circunstancia. Fue adelante en medio de dificultades e incertidumbre confiando en la Providencia y experimentando que Dios lo llevaba en la palma de su mano. Caminaba con los pies en la tierra y muy "pegado" a la realidad, pero iba adelante, nos dice su más estrecho colaborador Don Rua, "como si viese al invisible". Y aún nuestro padre exclamó al final de su vida: ¡Si hubiera tenido más fe!



Palabras al oído.

RASGOS DE LA ESPIRITUALIDAD SALESIANA

EL AMOR POR ENCIMA DE TODO

En el sueño de Don Bosco de San Benigno Canavese, el diamante de la caridad, en el pecho del personaje y cercano al corazón, tiene un brillo especialmente intenso en nuestro compromiso creyente: "Por encima de todo, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección" (Col 3, 14).

El amor todo lo puede. Es el amor con que hemos sido amados primero por Dios y que nos capacita para amar como él, sin reservas, sin límites, sin esperar nada a cambio. Hemos decidido, por puro amor, responder al Amor para ser signos de su presencia en medio del mundo, especialmente en medio de los jóvenes.

¡Lo hemos meditado en tantas ocasiones! ¡Lo hemos cantado tantas veces! "Signos y portadores del amor de Dios".

Amar a Dios, por encima de todo, expresado en la fidelidad al valor central de nuestra vida como creyentes: la opción por el Reino en el seguimiento de Jesús. Esto conlleva el esfuerzo cotidiano por tratar de responder fielmente a la llamada de Dios. Vivir el Evangelio con estilo salesiano sólo puede ser posible por puro amor a Dios. De ahí la importancia de ahondar y renovar – en toda ocasión – nuestras motivaciones más profundas, aquellas que alimentan y dan autenticidad a nuestra vivencia cotidiana del seguimiento del Señor.

Amar a las personas con las que compartimos la vida cada día es otra de las fidelidades a cultivar en la vida cotidiana. Nuestro marido, nuestra mujer, nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros amigos, las personas que nos necesitan... son los primeros destinatarios de nuestro cariño y nuestra cercanía. Sabemos cultivar - de veras - la acogida, la disculpa sincera, la autenticidad en las relaciones, la preocupación y la atención cariñosa a las personas, especialmente a aquellos que más dificultades tienen. No cabe duda de que, en nuestras relaciones, se requiere mucho de madurez humana, pero es imprescindible también la mirada de fe para saber reconocer en cada persona con quien compartimos la vida alguien a quien amar y servir sin condiciones, como lo hizo el Señor con sus discípulos.

Por eso tendremos que mirar con más benevolencia a las personas, estar más prontos al diálogo y al perdón; y, desde luego, eliminar toda espiral de murmuración y maledicencia para ser compasivos y misericordiosos.

Amar a los jóvenes. Cáritas: es el diamante precioso que en Don Bosco refulege como una caridad pastoral creativa y dinámica. Es el deseo de estar en medio de los jóvenes para ayudarles a descubrir cuánto los ama Dios y cómo en él pueden encontrar caminos de crecimiento y plenitud.

Por eso, en la familia salesiana cultivamos siempre este don de predilección por los jóvenes que caracteriza nuestro espíritu y que hemos recibido como regalo precioso del Señor. El Da mihi animas de Don Bosco nos compromete a buscar el bien de los jóvenes, a estar en medio de ellos, a amarlos, conocerlos, acompañarlos.

Don Bosco le prometió a Dios: "coetera tolle! Llévate todo lo que me aleja de ti y de los jóvenes". Es la expresión de un creyente que, por encima de todo, se ha revestido con la fuerza del amor haciendo de éste el único criterio de actuación en un proyecto de vida fuertemente unitario y en un único movimiento de entrega a Dios y a los jóvenes.